

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Mensaje

II CONGRESO MUNDIAL DE MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES 2006

# La belleza de ser cristiano y la alegría de comunicarlo

22 de mayo de 2006

---

Queridos hermanos y hermanas:

A la espera del Encuentro, previsto para el sábado 3 de junio en la plaza de San Pedro, con los miembros de más de cien Movimientos eclesiales y nuevas Comunidades, me alegra saludaros cordialmente a vosotros, representantes de todas estas realidades eclesiales, reunidos en Rocca di Papa en un Congreso Mundial, con las palabras del Apóstol: *«El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo»* (Rm 15,13).

Sigue vivo en mi memoria y en mi corazón el recuerdo del anterior Congreso Mundial de los Movimientos eclesiales, celebrado en Roma del 26 al 29-5-1998, al que fui invitado a dar mi contribución, entonces en calidad de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con una conferencia sobre la situación teológica de los Movimientos. Ese congreso culminó en el memorable encuentro con el amado papa Juan Pablo II, el 30-5-1998 en la plaza de San Pedro, durante el cual mi predecesor confirmó su aprecio por los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades, que definió *«signos de esperanza»* para el bien de la Iglesia y de los hombres.

En el fondo, esto vale también para vosotros: a través de los fundadores y los iniciadores de vuestros Movimientos y Comunidades habéis vislumbrado con singular luminosidad el rostro de Cristo y os habéis puesto en camino. También hoy Cristo sigue haciendo resonar en el corazón de muchos la invitación: «*Ven y sígueme*», que puede decidir su destino. Eso se produce normalmente a través del testimonio de quienes han experimentado personalmente la presencia de Cristo. En el rostro y en la palabra de estas "nuevas criaturas" resulta visible su luz y audible su invitación.

Así pues, a vosotros, queridos amigos de los Movimientos, os digo: haced que sean siempre escuelas de comunión, compañías en camino, en las que se aprenda a vivir en la verdad y en el amor que Cristo nos reveló y comunicó por medio del testimonio de los apóstoles, dentro de la gran familia de sus discípulos. Que resuene siempre en vuestro corazón la exhortación de Jesús: «*Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt 5,16).

Llevad la luz de Cristo a todos los ambientes sociales y culturales en los que vivís. El impulso misionero es una confirmación del radicalismo de una experiencia de fidelidad, siempre renovada, al propio carisma, que lleva a superar cualquier encerramiento, cansado y egoísta, en sí mismos. Iluminad la oscuridad de un mundo trastornado por los mensajes contradictorios de las ideologías. No hay belleza que valga si no hay una verdad que reconocer y seguir, si el amor se reduce a un sentimiento pasajero, si la felicidad se convierte en un espejismo inalcanzable, si la libertad degenera en instintividad. ¡Cuánto daño puede producir en la vida del hombre y de las naciones el afán de poder, de posesión, de placer!

Llevad a este mundo turbado el testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. Ga 5,1). La extraordinaria fusión entre amor de Dios y amor al prójimo embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos. Donde la caridad se manifiesta como pasión por la vida y por el destino de los demás, irradiándose en los afectos y en el trabajo, y convirtiéndose en fuerza de construcción de un orden social más justo, allí se construye la civilización capaz de frenar el avance de la barbarie. Sed constructores de un mundo mejor según el *ordo amoris* en el que se manifiesta la belleza de la vida humana.